

MONTALVO, EL MAESTRO

Por Plutarco Naranjo

En el calendario cívico de la patria, el 13 de Abril es un verdadero fasto, una fecha grande, de gloria y de orgullo nacional. El 13 de Abril de 1832 nació uno de los más notables ecuatorianos, el más eximio: Juan Montalvo. En su homenaje, el gobierno del Ecuador, presidido por el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, instituyó el 13 de Abril como "El día del Maestro".

Si, el día del Maestro con toda su profunda significación. No simplemente "El día del Escritor", "del Literato" o "del Ensayista", tampoco el "del Periodista", ni siquiera "el día del Luchador", que todo esto fue Montalvo sino, con toda la fuerza de expresión, con todo su inequívoco valor: "El día del Maestro". Sólo este austero pero polisémico título puede conciliar las múltiples dimensiones de El Cosmolita.

Maestro, tiene muchas acepciones. Maestro es desde el modesto artesano hasta el hombre exelso que derrama sabiduría.

Obra maestra, tiene un sentido más restringido, es aquella la más acabada en su género, la más extraordinaria, la de más alto mérito.

Es, precisamente, en este sentido que Montalvo fue consagrado como "El Maestro". Hombre multidimensional, hombre polifacético, polígrafo iluminado, fue maestro en todas sus dimensiones.

En la antigua Roma, el tribuno era el defensor del pueblo. Sus discursos, sus alegatos los pronunciaba desde una plataforma: la tribuna. Montalvo fue un tribuno, por antonomasia; defendió los derechos del pueblo, las libertades, la democracia. Su tribuna fue el periódico, el panfleto -el terrible panfleto- el tratado, el libro. Ellos fueron su tribuna para el pueblo y su cátedra para los doctos. Tribuna de lucha, trinchera de combate la una, excelsa cátedra para irradiar sapiencia y perfección la otra.

En El Cosmopolita, El Regenerador y El Espectador, aparece el Montalvo ensayista, elegante, erudito, el del relato ágil e inspirado, el agudo comentarista político; el conocedor profundo de la historia de Grecia, Roma y otros pueblos de la antigüedad y que, con

igual embeleso, nos lleva por la Roma antigua que por la moderna; nos pasea por la Francia de su época y nos hace partícipes de su cultura; nos estremece con los problemas sociales del París de fines del siglo XIX y sobre todo, con los hondos problemas políticos y sociales de la América hispánica la cual, según su certero criterio, ha obtenido la "emancipación" pero no la verdadera independencia y menos la libertad. En efecto, el pueblo, sigue tanto o más que antes subyugado, oprimido por despostas y tiranos y empobrecido y humillado por encomenderos de nuevo cuño.

En las famosas "Catalinarias", en la caustica "Mercurial Eclesiástica", en el terrible "Antropófago" habla el Montalvo polemista, el implacable acusador, el inexorable Catón, el terrible insultador, el maestro de la invectiva.

En "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" aparece el novelista sutil, conocedor profundo de los conflictos humanos; el novelista satírico que siquiera en fantasía, cuelga de los árboles a malandrines y follones, a los malos gobernantes y a sus secuaces.

En los "Siete Tratados" disurre el ponderado escritor, el tradadista y quizá el filósofo y en todo caso, el gran señor de la lengua de Castilla, el maestro de la lengua y las ideas.

El verdadero maestro no sólo que difunde conocimientos, que ~~obra~~ derrama enseñanzas, sino que pone ~~por~~ sus lecciones, sus doctrinas y convierte su vida misma en dechado de virtudes cívicas ~~en~~ ejemplo impecadero de acciones nobles y dignificantes.

Maestro de la lengua.— Montalvo cultivó casi todos los géneros literarios y es el precursor del ensayo en lengua castellana, en el cual se destacó más que en los otros. Desarrolló un estilo pasmoso, inusitado, vivo y luminoso, adornado de giros idiomáticos y locuciones sorprendentemente hermosas, que lo volvieron inconfundible. Aun quienes han estado muy lejos de sus ideas políticas, aun quienes lo han combatido por razones de partido o de re-

ligión, no han podido por menos que celebrar y exaltar su estilo. El padre Proaño, en su "Antología de la Literatura Ecuatoriana" dice: "Si fuera posible deslindar el fondo de la forma en la fusión orgánica de una obra, por sólo eso -se refiere a la forma- Montalvo merecería el calificativo de GENIO. Y es que su estilo palpita vivo, fresco y contagioso, con una elasticidad admirable, mezcla ardorosa de poesía y de prosa, de remanso y de torrente, pero siempre bullente en ideas sutiles, pensamientos excelso y perlas resplandecientes de metáforas sugeridoras".

El sobrio escritor Miguel Antonio Caro, autor de "Opúsculos Filosóficos" y una Gramática Latina, a la lectura de "El Cosmopolita", en espontánea carta dice a Montalvo: "Digo a Ud. sin lisonja que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en Ud. un estilo natural y vigoroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada".

"Por lo que hace al fondo, noto elevación de miras, grandeza de pensamientos, riqueza de recuerdos. Francamente, no estoy de acuerdo con Ud. en muchos puntos, como que pertenezco a la escuela católica y al partido conservador. Mas esto mismo abona mi humilde voto de aprobación".

El arte y la excelencia de Montalvo en la creación literaria, ha sido enalteceda por prestigiosos escritores de su época y de hoy. No siendo mi campo el de la crítica literaria y por tanto careciendo de la autoridad necesaria, llamaré en mi auxilio a varios de los eruditos en este campo. Rodó, ese gran maestro Uruguayo, es uno de los que más profundamente ha estudiado la obra Montalvina. Dice: "La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí.

"La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil,

le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el deseo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa!"

La celebrada novelista española, Doña Emilia Pardo Bazán escribía por esa época: "Tendrá España hasta seis escritores que igualen a Montalvo en el conocimiento y manejo del idioma, pero ninguno que lo aventaje".

Las opiniones de los autores españoles tienen tanto más valor cuanto que aún subsistían resentimientos surgidos en las luchas independentistas y además, porque la metrópoli, siempre miró con aire de gran superioridad a todo lo que era suyo, frente a las colonias, entre ^{el} eso su propia literatura, su propia arte, su propia ciencia. Algo producido en América, sobre todo en el propio campo de las letras de Castilla, tenía que ser algo tan extraordinario, tan egregio, como para que la opinión española le fuese favorable y en el caso de Montalvo, no sólo que fue benévolamente entusiasta, pródiga en elogios. El periódico "El Diluvio", de Barcelona, sin recelo a herir el orgullo patrio, sin temor a lastimar el amor propio de los autores españoles, expresa: "Cada vez que viene a nuestras manos un escrito de este eminente prosador, es una fiesta para nosotros y si el escrito llega a libro, la fiesta tiene solemnidad, porque Montalvo es hoy en día el primero de los prosistas agraciados de todas las tierras donde se habla español".

Una cita más de otro autor español, al propio tiempo crítico literario, Carreras, quien en un largo estudio acerca de los escritores de la América hispánica, después de comentar con bastante ironía que muchos son "fraseólogos beneméritos y prosistas a lo Quintana", al referirse al autor ecuatoriano dice: "El Sr. Montalvo merece, sin embargo, lugar a parte, porque es prosista de veras, y quizás el único grande que ha producido la América española, pues por mi parte no

conozco otros que merezca aquel dictado.

El ejemplo de la vida de Montalvo.— Para proclamar a Montalvo como el Maestro, seguramente debió pensarse más en sus lecciones, en sus enseñanzas que en su vida. Pero el verdadero maestro no sólo está en las palabras o en los escritos, está también y quizás más en esto: en sus ejemplos, en su vida; en la práctica de los ideales preconizados; en la entereza de ánimo para mantener los principios por encima de las adversidades, de las persecuciones, de los infortunios. "Mas, si Montalvo, dice ese otro maestro, conductor de juventudes, Pérez Guerrero, no fue un moralista ni un predicador de reglas, en el sentido de que hemos hablado, fue, en cambio, apóstol de libertades y derechos. Nos ha enseñado, con enseñanza que dura, lo que valen, el carácter, el pensamiento, la autodisciplina. Y él mismo es paradigma de su moral diamantina Amó la bondad viva, la que es acción y ternuras y escribió páginas de belleza comparables a las de Victor Hugo".

La vida de Montalvo es una cadena interminable de ejemplos de entereza, de dignidad, de sobriedad, de bondades, al propio tiempo que de valentía, temeridad, de sacrificios, de luchas denodadas, de luchas por las causas más difíciles. No se rindió ni ante el tirano omnípotente ni ante la fatiga o el desaliento. No claudicó ni por hambre ni por vanidad. No cedió ni ante la amenaza menos aún ante la oferta o la infamante dádiva. No aceptó acomodos o comprendidas. Siempre vertical, siempre limpio y por lo mismo muchas veces incomprendido.

Algunas lecciones del maestro.— Muchas, incontables páginas de Montalvo, son hermosas lecciones, predicas imborrables, lo mismo si es para exaltar a la madre, rendir culto a los héroes o enaltecer las virtudes o anatematizar a los tiranos o desollar a los verdugos.

Tomaré, a modo de ejemplo, unas pocas de aquellas lecciones.

a) Las lecciones al pueblo.— Ya en época de Montalvo, apenas a po-

cos lustros de la emancipación, el nombre del pueblo era manoseado sin escrúulos. En nombre del pueblo y hasta invocando el nombre de Dios se cometían los peores atropellos, los más perversos crímenes. Montalvo, tratará, con sus lecciones, de levantar, de promover la conciencia política del pueblo, tratará de despertarlo, de estimularle a sacudirse, a lanzarse en pos de sus derechos. Escribirá muchas lecciones, cuyo eco retumba hasta hoy, cuyo acento continuará vivo, mientras exista pueblo, mientras éste no sea el dueño de su destino.

En la primera lección, discurre sobre lo que no es y lo que es pueblo. Dice: "Pueblo, pon el oído atento, se ha pronunciado tu nombre. Sabes lo que eres? No la vez de la sociedad humana, como te llaman unos; ni soberano absoluto, como te dicen otros. Pueblo es el globo de la nación; separa a tus enemigos y queda el pueblo".

"El tirano que se alza con la libertad de sus semejantes, y vio la las leyes naturales y civiles, y persigue, y ultraja, y extermina a los hombres, no pertenece al pueblo".

"El opulento que nada en oro, y cierra la mano a la caridad, y ve sin conmoverse el hambre del indigente, y se ríe de la desgracia, y piensa que nadie necesita más que él, no pertenece al pueblo".

"El soberbio que anda el cuello erguido, en la convicción de que un título sin valor real, o una usurpada e inmerecida preponderancia le elevan sobre los otros, no pertenece al pueblo".

"El impío sacerdote que cambia la misericordia en crueldad, la caridad en avaricia, en soberbia a la modestia, y olvidando los ejemplos del Maestro ayuda a los tiranos a oprimir al débil, no pertenece al pueblo".

"El juez que pervierte la justicia, y en sus autos se atiene a su conveniencia; que resuelve según le sobornaron o según hablaron las preocupaciones de su clase, no pertenece al pueblo".

"El militar envanecido, que anda deslumbrado con la argentería de sus vestidos sin mirar o mirando como grande a los pequeños; que desenvaina la espada y hiere sin motivo; que sirve al déspota en sus desolaciones, no pertenece al pueblo".

"El que opprime, el que maltrata, el que desdeña a sus hermanos, teniendo para sí que es más que ellos, no pertenece al pueblo".

"Oh tú que vives del sudor de tu frente; que mantienes con tu diario trabajo ancianos padres, tiernos hijos, tú eres pueblo".

"Oh tú que en los conflictos de la patria, cargas con el peligro y las fatigas de la guerra; que rindes el aliento por defenderla, y si ella triunfa no ganas sino la gloria de haber sido su salvador, tú eres pueblo.

"Oh tú que arrancas a la madre tierra, a fuerza de industria y de constancia, los frutos indispensables para la vida, tú eres pueblo".

"Oh tú que forjas los metales, labras la madera, construyes la habitación del hombre con tus manos, y la habilitas de comodidades y de lujo, tú eres pueblo".

b) Lecciones a la clase militar.— El ejército ha sido y seguirá siendo parte importante de la nación. Su misión es alta, honrosa, quizá abnegada. Sus desviaciones así mismo, graves, quizá fatales para la libertad y el destino de la patria. Montalvo no podía ignorar, en sus lecciones, ni a los gloriosos ejércitos de Bolívar o de Sucre, ni a las sombrías huestes de un Rosas o de un Santana ni a los dóciles soldados de García Moreno que han permitido, al decir de Montalvo, "repartir el ejército en cuatro divisiones: "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las Cinco Llagas", "División de la Purísima", cuando en otras partes se titulan: "Húsares del Apure", "Granaderos de la Guardia", "Lanceros de la Muerte".

He aquí una de las lecciones "A la clase militar". Dice: "El soldado, es el guardia de la patria y de la ley: con la espada al hombro, cuadrado en grandiosa postura, permanece en la puerta del templo de la libertad: cuando las bombas enemigas revientan a sus pies, hace un ademán intrépido, y exclama: ¡Viva la patria!. El soldado en un ciudadano armado: los eclesiásticos, los civiles le dele-

gan sus fuerzas y confían en su valor; las mujeres, los niños se amparan tras su fornido y elegante cuerpo, y saben que no morirán ni perderán la honra sino cuando caiga esa muralla".

"¡Soldado! ¡Soldado! el acero que empuñas es bendito, supuesto que en la mano te lo ponen las leyes, y no es cosa de grandes corazones ni de espíritus refulgentes convertirlo en cuchilla de verdugo. Esa hoja esplendorosa, esa empuñadura de oro, ese talabarte que te ciñe la cintura no son insignias de ejecutor infame: si obedeces al ley, cumples con tu deber; si obedeces a la tiranía, faltas a tu obligación".

"Un rey perverso quiere sangre; harto de ella, quiere sangre todavía: la capital de su imperio está inundada, las iglesias rebosan en sangre, y por las calles yacen millares de cuerpos muertos, caídos todos al propio instante bajo el puñal del asesino".

"¡Soldado! ¡Soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y volundad; si tienes razón, discurres y distingues lo bueno de lo malo, quédate a lo primero, supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Mata! no mates, si no es en la refriega, o cuando la justicia te señale la víctima con su imperioso dado. Cuando te dicen: -Alzate, derriba el poder legítimo, degüella a tus iguales; no te alces ni derribes ni degüelles, porque la parte del soldado no es la del forajido, sino la del hombre pundoroso y valiente".

"En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes, no hagáis oficios de cobardes; vosotros los de fieras armas, no os humilléis como ruines; vosotros los gloriosos, no busqueis la oscuridad del crimen".

c) Lecciones a los jóvenes.- A los jóvenes, a los estudiantes, Montalvo dedicó sus mejores lecciones, sus más elocuentes páginas. En los jóvenes está el porvenir de los pueblos, en ellos, el engrandecimiento de la patria; en ellos, un futuro de justicia, de libertad, de bienestar social.

No fue actitud de Montalvo poner las virtudes en primera persona, pero saliéndose de esa norma y para dar a los jóvenes la lección sobre la lucha dice: "He peleado por la santa causa de los pueblos; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por todos y por todo. El que no tiene algo de Don Quijote no merece el cariño ni el aprecio de sus semejantes.

"He desollado verdugos, he desollado picaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos; he desollado todo lo desollable en el mundo y, gracias a Dios, e justo título soy un monstruo. A mi también me han desollado con mano in hábil, torpe; pero yo no dejo mi piel; me la hecho al hombro, y como San Lorenzo, me voy muy fresco porque un rocío celestial me baña en lo vivo y ~~destruye~~ los dolores de esa inmensa llaga".

Después de ^{una} parábola y ejemplos de la historia, agrega: "En los pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por la cosa pública, los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos.

"Desgraciado el pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hancen temblar al mundo".

"Jóvenes, oh jóvenes, los viejos son las canas de la sociedad humana; los cobardes, los ruines son sus enfermedades y sus ascos; los picaros sus pestilencias; vosotros sois su corazón, su sangre; vosotros sois su espíritu, llama ardiente que prendida por el genio de la libertad, sale fuera, salta vívida, se pega a todo, y purifica y engrandece lo que tiene la virtud de despertar su santa furia. Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo

donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame. Jóvenes, oh jóvenes, vosotros sois el alma de la República".

"Cuando todo esté perdido en ese país, algunos jóvenes saldrán con las insignias de la patria ocultas en el pecho, y salvarán la libertad y la civilización. Jóvenes, oh jóvenes, vivid, creced, salvad la patria".

"Si el fuego sagrado que en forma de sangre corre por las venas es motivo suficiente para que estos bueyes sueltos que se llaman sesudos os califiquen de locos, de tigres, sed locos, tigres y tened la gloria, a imitación de este vuestro amigo. El buen juicio no está reñido con el amor apasionado: oh jóvenes, sed apasionados y conquistad el mundo".